

Del ajuste a la revolución. Venezuela 1980-2012. El oficialismo se hizo revolucionario y la oposición nacionalista: conflicto y polarización social

María José Escalona
Maestría en Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional de Costa Rica
Recibido 21/06/2012 • Aceptado 28/10/2012

Resumen

A partir del gobierno de Luis Herrera Campíns, en 1979, Venezuela experimentó un proceso de continuas implementaciones de políticas de ajuste macroeconómico de influencia doctrinaria neoliberal. Tres fueron los periodos de gobiernos y tres fueron los paquetes de ajuste económico responsables de provocar en la población venezolana lo que Edgardo Lander describe como *fatiga de ajuste*, a saber, una profunda desilusión y pérdida de fe en lo que ese modelo prometió aportar con cada intento fallido. La gestión acumulada y prologada por casi dos décadas de este malestar y una propuesta que parecía prometer todo lo contrario a lo que se había vivido los últimos años fue impulso para que en 1999 Hugo

Chávez Frías pudiera tomar el poder. Tal vez lo que nadie previó –a pesar de haber sido electo con un porcentaje bastante favorable– fue que este sería también el inicio de un proceso de fuerte polarización social en el país. El presente artículo estudiará esta dinámica desde sus expresiones cotidianas, lugar donde encuentra expresión transgrediendo la geografía de una capital, resignificando y repartiendo símbolos patrios, exponiendo a la luz las cicatrices de años de desigualdad y sobre todo reforzando la incapacidad de cada postura para reconocer al *otro*, visto más como enemigo que como compatriota.

Palabras clave: Venezuela, paquetes de ajuste estructural, doctrina neoliberal, polarización social, socialismo, radicalización del conflicto.

Abstract

From Luis Herrera Campíns' government in 1979, Venezuela experienced a process of continuous implementations of macroeconomic adjustment policies with a neoliberal doctrine influence. There were three government's terms of office and three economic adjustment programs responsible for causing what Edgardo Lander clearly describes as an *adjustment*



fatigue of the Venezuelan population. In other words, with every failed attempt the Venezuelan population experienced deep disappointment and diminished faith in what the model promised to provide. Proposals were implemented that seemed to promise the opposite of what had been experienced in recent years. These factors combined were an incitement for Hugo Chavez Frías coming to power in 1999. This article will explore this dynamic in their everyday expressions. Expression is breaking the geography of a capital city in handing and resignifying symbols and exposing to light the scars of years of inequality, and especially, strengthening in each posture the inability to recognize the Other, seen more as an enemy than as fellow.

Key words: Venezuela, structural adjustment packages, neo-liberalism, social polarization, socialism, conflict's radicalization.

“Gobiernos impopulares elegidos democráticamente siempre los ha habido y gobiernos ilegítimos para ciertos sectores de la sociedad también. En democracia, actores de vocación democrática los combaten dentro del Estado de derecho. Es la única garantía para quienes no son poderosos de ver que sus derechos e intereses sean respetados” (López, 2004, p.1).

Introducción

El presente artículo tiene el objetivo de presentar el fenómeno de la polarización social en Venezuela desde una perspectiva histórica y como

resultado de la implementación del modelo de desarrollo neoliberal durante las décadas de los ochenta y noventa y su fractura con la llegada de Hugo Chávez al poder en 1999. El caso venezolano ilustra claramente cómo el peso acumulado de una cadena de acontecimientos y decisiones político-económicas ha venido creando paralelamente las condiciones ideales para la radicalización de la polarización social en su población. La pugna ha girado alrededor de cuál se considera debería ser el ideal de país, pues cada modelo además de representar una postura política y un protocolo determinado para su accionar económico, ha representado un ejercicio constante de construcción y deconstrucción del imaginario de desarrollo que tiene su sociedad.

En Venezuela, la puesta en práctica tanto del modelo neoliberal como del socialista han traído consigo alteraciones en las reglas de convivencia social, transgrediendo los límites de la gobernanza, tocando fibras sensibles del imaginario social y provocando conflictos profundos. El conflicto más allá de un sano y necesario ejercicio democrático se ha convertido en una *lucha existencial*, en donde los estereotipos son la distorsión de la imagen del otro, el



miedo legítima la violencia y las calles se han convertido en el campo de una batalla en donde cotidianamente se enfrentan y defienden posturas antagónicas.

En la primer parte del artículo se presenta el concepto de polarización y sus implicaciones en la realidad. Luego, se hace recorrido por los acontecimientos más significativos de la historia político-económica de Venezuela, tomando como punto de partida el pacto del *Punto Fijo* en 1958, pasando por la era de los ajustes estructurales neoliberales de las décadas de los ochenta y noventa, hasta llegar al vuelco en construcción del *Socialismo del siglo XXI*, en donde claramente se radicaliza el conflicto. Por último, se ilustran las manifestaciones del fenómeno en la cotidianeidad venezolana y se abre la interrogante de si será posible construir un “nosotros” en un futuro cercano.

Polarización social: nosotros o ellos

Martín Baró (1985) define un conflicto social como aquel enfrentamiento entre los grupos que constituyen una determinada sociedad, y a la polarización como un proceso de extremización y rigidización de las actitudes existentes que distancian a unos grupos de otros. La postura del

propio grupo implica la referencia negativa a la posición del otro grupo, percibido raramente como opositor y más frecuentemente como enemigo. Esta compleja dinámica donde el acercamiento a uno de los polos, arrastra no solo el alejamiento, sino el rechazo activo del otro, reduce las posiciones a dos visiones opuestas y excluyentes (Lozada, 2008). Van Dijk (1998) apunta que el esquema de polarización definido por la oposición entre *nosotros* y *ellos*, sugiere que están afectados los grupos y los conflictos entre ellos. Se construyen imágenes ideológicas de sí mismos y de los otros de modo que generalmente haya una autorrepresentación positiva y una representación negativa de *ellos*. Dentro de estas, también se incluyen los acuerdos sociales que cada uno de los grupos respalda, y son las propias “mejores” que las del otro.

El impacto personal y social del conflicto en la población recae en una amplia variedad de factores, variables que van desde la ubicación geográfica (capital, regiones), edad, género, estado de salud, hasta variables como la cercanía o exposición con situaciones de violencia directa y problemas personales, familiares, comunitarios o institucionales existentes previamente (Lozada, 2008).



En la última década, las representaciones de los grupos sociales enfrentados en Venezuela: oficialismo y oposición, han revelado una marcada distancia social, percepción estereotipada de los grupos y antagonismo ideológico. Sus expresiones, además, dan muestra de cómo dentro de un plano subjetivo la exclusión y discriminación clasista, sexista, racista se convierten en referentes. En ellas subyace una elaboración ideológica del conflicto, en donde sobresalen las profundas diferencias socioeconómicas y culturales que se han mantenido por una desigual distribución de la riqueza (Lozada, 2008) como se apreciará a continuación.

El pacto del Punto Fijo y la Constitución de 1961: el comienzo y el fin del mito de una sociedad democrática

Luego del derrocamiento del presidente Marcos Pérez Jiménez en enero de 1958 y ante el temor de volver a ser gobernados por un régimen dictatorial personalista, los principales partidos políticos del momento Acción Democrática (AD), Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y Unión Republicana Democrática (URD) acordaron el 31 de octubre de ese mismo año, lo que se denominó con

el pacto del *Punto Fijo*. Considerado el acuerdo de mayor importancia entre las élites políticas venezolanas ya que representaba el compromiso asumido por estas para respaldar a quien resultara electo y conformar entorno al partido triunfador un gobierno de coalición. En otras palabras lo que se buscaba era asegurar un mínimo de condiciones democráticas en el ejercicio del poder, independientemente de la postura partidaria de la que se partiera. Las reglas de juego y los acuerdos políticos básicos quedaron establecidos en la *Constitución de 1961* (Contreras, 2004).

Lander (2007, p. 66) señala que bajo esta nueva constitución se establece en Venezuela lo que podría describirse como un modelo de Estado socialdemócrata y desarrollista traducido "...en los años siguientes en el control creciente de la industria petrolera y en inversiones públicas significativas en industrias básicas, infraestructura, educación y salud."

El recién instaurado régimen político democrático produjo un crecimiento económico sostenido y un mejoramiento casi generalizado en la población por las siguientes casi dos décadas, sin embargo se preservaron profundas desigualdades entre los distintos sectores.



La sociedad venezolana, reconfortada por la estabilidad política y económica, legítima y en cierto grado idealiza el nuevo modelo *modernizador*. Dentro de su imaginario colectivo se guarda la ilusión de un país rico, democrático y dentro del cual la renta petrolera es traducida en mejores condiciones de vida para todos. “La idea del desarrollo en Venezuela como imaginario de integración social y cultural, representada por las diversas variantes del discurso modernizador fue el sentido legitimador y orientador de la política y de las políticas en la mayor parte del siglo XX” (Contre-ras, 2004, p. 111).

Sin embargo nada es para siempre, y esta ilusión de progreso casi mítica empezó a fracturarse a finales de la década de los años setenta, cuando la crisis petrolera internacional explotó y deterioró notablemente el ingreso fiscal per cápita del país, “lo que acompañado de niveles crecientes de ineficiencia, clientelismo y corrupción, redujo aceleradamente la capacidad de Estado para responder a las expectativas crecientes de la población” (Lander, 2007, p. 67).

La sociedad venezolana fue testigo durante estos años de cómo la democracia representativa de un

inicio fue poco a poco convirtiéndose en una democracia liberal-elitista. Ejemplo claro de esto fue la candidatura y gane de Luis Herrera Campíns, en 1979, quien a pesar de no haber implementado un paquete de ajuste estructural como tal, preparó durante sus cuatro años de gobierno el camino para el vuelco neoliberal definitivo de los tres gobiernos posteriores.

El 18 de febrero de 1983, Herrera Campíns decreta la devaluación del bolívar por primera vez en más de veinte años. Ese día se conoce dentro de la historia venezolana como *viernes negro*, ya que marca de manera simbólica el despertar en la conciencia colectiva de la dimensión y gravedad de la crisis económica por la que atravesaba el país (López y Lander, 2001).

Jaime Lusinchi asumió el poder en febrero de 1984 con un gran porcentaje electoral a su favor y con la promesa de encontrar solución a la crisis de un país en el que las cargas económicas y sociales del modelo de acumulación no eran compartidas por igual y en donde cada vez más se acentuaba un cambio en la estructura de clases de la sociedad venezolana.



Fractura en el imaginario de desarrollo: instauración del modelo de neoliberal

La promesa de *sacar al país* de la crisis fue la justificación constante de los gobiernos de Jaime Lusinchi (1984-1989), Carlos Andrés Pérez (1989-1993) y Rafael Caldera (1994-1998), quienes con tres paquetes de ajuste estructural de doctrina neoliberal pretendieron cumplir su cometido. Cada periodo representó un paso adelante en la radicalización de las reformas neoliberales y por consiguiente otro paso adelante en la profundización de las desigualdades y exclusión de la población en Venezuela.

Primer paquete de ajuste: el rechazo del *Sistema Económico de Cooperación*

Al inicio de su periodo de gobierno, Lusinchi anuncia el primer paquete de ajuste del país. Este fue calificado como un *paquete heterodoxo*, porque más que ser producto de un acuerdo formal con el Fondo Monetario Internacional fue un compromiso unilateral asumido por el gobierno para asegurar condiciones favorables para obtener el refinanciamiento de su deuda externa calculada entre las

cuatro más cuantiosas de la región (López y Lander, 2001).

Lusinchi desarrolló lo que llamó *VII Plan de la Nación o El Pacto Social*, el plan reconocía el agotamiento del modelo desarrollo anterior y más que alinearse a la medidas por excelencia neoliberales, el plan buscaba la conformación de un proyecto político consensual y la reestructuración del Estado:

En lo que se refiere a la estrategia económica, se promovía como ejes dinamizadores a la agricultura, la industria y el turismo, buscándose simultáneamente una transformación y modernización del sector público para redefinir su rol en la actividad económica. El Plan expresaba la intención de privatizar o transferir al sector privado un conjunto de actividades y servicios, pensada como estrategia para democratizar la base de sustentación de la sociedad civil (p. 235)

El plan nunca llegó a implementarse y fue fuertemente confrontado por el sector empresarial del país que se sintió especialmente amenazado por la propuesta que planteaba la creación de un tercer sistema de propiedad, el *Sistema Económico de Cooperación*, el cual proponía extender la propiedad



empresarial a los trabajadores y así equilibrar las relaciones de propiedad. En sustitución, el gobierno elaboró lo que se llamó el *Plan Trienal de Inversiones* y se orientó "...su estrategia económica en el refinanciamiento y pago de la deuda externa, para lo cual se pliega a las directrices y exigencias de las agencias financieras internacionales (p. 236).

La situación del país al final del gobierno de Jaime Lusinchi era crítica, un mes antes de dejar labores declaró una moratoria del pago de la deuda externa y entregó la responsabilidad de encontrarle solución al próximo presidente, Carlos Andrés Pérez.

Segundo paquete de ajuste: el *Gran Viraje* que enfrentó a una población

Carlos Andrés Pérez asumió la presidencia en un contexto político, económico y social bastante complejo. Políticamente, los partidos tradicionales continuaban perdiendo legitimidad y entre la población venezolana disminuía la credibilidad en aquello que habían prometido en el pacto del Punto Fijo hacía veinte años. El estancamiento de la economía empezó a sentirse de forma generalizada, lo que provocó que empezara a gestarse un enfrentamiento y malestar contra el

modelo económico que venía siendo implementado.

Ante la gran expectativa alrededor del programa de gobierno y cuál sería su propuesta para salir de la situación crítica en la que se encontraba el país, al igual que Lusinchi, pocos días después de empezar su gobierno, Pérez anunció el segundo paquete de ajuste macroeconómico del país. Esta vez desde el inicio de naturaleza *ortodoxa* y por ende alineado por completo a las demandas de los organismos económicos internacionales, resultado de un compromiso formal con el Fondo Monetario Internacional en 1989.

El *Gran Viraje* como lo describió Pérez:

...supuso que la realidad obligaba a tal ajuste severo, que no había ni salidas ni programas alternativos, que el asumido tenía, «por su lógica, necesidad y verdad» intrínsecas, fuerza suficiente de persuasión y de realización. Esto, a la corta, provocó inflexibilidades y limitaciones en el programa gubernamental, las cuales crearon varios cuellos de botella en el camino de su viabilidad, en especial el de los «costos sociales» (María-Sosa, 1993: p. 7)



La radicalización del modelo de desarrollo anterior provocó que casi simultáneamente a la presentación del programa de gobierno, la población venezolana manifestara abierta y violentamente su desaprobación e indignación ante la propuesta. El ejemplo más claro de esto fue el *Sacudón o Caracazo*, una serie de protestas y saqueos sin precedentes que ocurrieron en varias ciudades de Venezuela, con su representación más fuerte en Caracas. La magnitud de los acontecimientos y la violencia con la que las autoridades enfrentaron la situación fue brutal, se declaró toque de queda y restricción de las garantías constitucionales como medidas de represión y control de la revuelta social.

El gobierno de Carlos Andrés Pérez quedó profundamente deslegitimado, nunca se previó que el *Gran Viraje* implicaría otra cosa y que “una inversión de las prioridades, por las que se privilegió la gestión de los equilibrios macroeconómicos por encima de los mecanismos de integración social (empleo, salud y educación)” (Contreras, 2004:p. 115) pudiera alzar la furia y frustración de la forma en que sucedió en 1989.

A pesar de algunos logros del gobierno, como un crecimiento económico

sostenido, la caída lenta del desempleo y un relativo control de la inflación, éstos no fueron suficientes para recuperar su credibilidad (Marta-Sosa, 1993).

En 1992, estalló la crisis político militar y el gobierno sufrió dos intentos de golpe de estado, el primero de ellos en febrero por parte de los mandos intermedios del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200) comandados por Hugo Chávez Frías, y el segundo en noviembre en manos de altos mandos de grupos políticos de izquierda extrema: Bandera Roja y Tercer Camino. En 1993, Carlos Andrés Pérez fue destituido del poder por cargos de corrupción.

Los acontecimientos de 1989 irreversiblemente sentaron un precedente en la historia venezolana, representaron una transformación político cultural de la sociedad, la oportunidad de realizar reinterpretaciones de los procesos sociohistóricos del país y pensar en diseños alternativos de democracia. Este año se convierte en un antecedente importante del proceso de polarización que se agudiza más adelante. Al abrirse el espacio para concebir ideales de democracia, empezaron a surgir antagonismos y se dejó “...



entrevver la emergencia de una política cultural de redefinición de fronteras, imaginarios y subjetividades en un escenario de franco conflicto entre proyectos de país emergentes” (Contreras, 2004: p. 121).

Tercer paquete de ajuste: la lección forzada a no aprender

A finales de 1993, Rafael Caldera ganó las elecciones. Aprovechando el descontento provocado por los modelos anteriores, construye una buena campaña electoral anti neoliberal y de supuestos fundamentos social cristianos. Abandonando sus propuestas en la superficialidad de una campaña política y pareciendo haber pasado por alto todos los acontecimientos del gobierno anterior, Caldera se vio *forzado* a implementar el tercer programa de ajuste estructural, el cual llamó *Agenda Venezuela*.

La *Agenda Venezuela* fue bastante similar al *Gran Viraje*, sin embargo tocó una fibra delicada de la economía y del imaginario social venezolano, esta incluía un cambio importante en la política de apertura petrolera del país:

...la cual planteaba para el sector petrolero la transferencia del sector público al privado de

actividades, tanto conexas como medulares, de la industria petrolera nacionalizada en 1976. Acompañaron asimismo a esta política una nueva visión de la relación del Estado venezolano con la Organización de Países Exportadores de Petróleo OPEP, y su injerencia en el mercado mundial de hidrocarburos” (López y Lander, 2007: p. 240).

La continua implementación de la misma receta y por ende la sucesión de intentos fallidos, es lo que permite que López y Edgardo (2007) cataloguen al caso venezolano como ejemplo típico de sociedad con *fatiga de ajuste*. En otras palabras, una sociedad frustrada y desesperanzada ante la falta de resultados positivos del modelo político y económico que prometió en campaña que todo mejoraría. La política de apertura petrolera, una propuesta lo más alejada posible del neoliberalismo y sobre todo una sociedad simplemente cansada de lo mismo fue lo que hizo en diciembre de 1998 Hugo Chávez Frías ganara las elecciones presidenciales.

Del Ajuste a la Revolución: la llegada de Chávez al poder

En las elecciones de 1998 se enfrentaron lo que se llamó el Polo Democrático y el Polo Patriótico. El



primero de ellos representado por Henrique Salas Römer y su cometido fue darle continuidad al proceso de reestructuración económica y política *modernizadora neoliberal* iniciada por Carlos Andrés Pérez y continuada por Rafael Caldera el periodo anterior. El segundo proponía a Hugo Chávez Frías como candidato y su propuesta se basó en la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente, la reorientación de política petrolera y la defensa de la soberanía nacional (Contreras, 2004):

Frente a un escenario de profunda dislocación y fragmentación del imaginario social y político y con un discurso de interpelación democrático-popular que captaba los sentimientos latentes anti-oligárquicos y anti-imperialista de las clases subordinadas, Chávez triunfaría en las elecciones de 1998 (p.125).

El triunfo de Chávez trajo consigo, por un lado un futuro cargado de posibilidades para un actor político emergente, que provenía de los sectores populares y por otro, incertidumbre y desasosiego para los actores políticos tradicionales. En Venezuela en este momento los debates sobre el futuro político del país se experimentaron no como una transición, sino como un quiebre

profundo con el proyecto político anterior (Contreras, 2004).

El 1999, se convocó a la Asamblea Nacional Constituyente, y con esto se reabrió el debate entre democracia y tecnocracia iniciado la década anterior. Durante este año empezaron a perfilarse algunas diferencias sustantivas respecto a la imagen del país deseado, sin embargo estas diferencias parecían poder dotar de nuevos contenidos a la democracia venezolana. Un punto importante fue que a pesar de ser diferentes no podían ser catalogadas como antagónicas, más aún en ellas podían observarse solapamientos y transversalidades entre los proyectos políticos en pugna.

El vuelco del Modelo Venezolano al Socialismo del Siglo XXI

Guerra (2009) señala que dentro de las prácticas en materia de política económica del gobierno de Chávez pueden apreciarse dos fases: la primera de ellas vista en la constitución de 1999 y la segunda a partir del 2003 luego del golpe de estado y paro petrolero del año anterior. La primera de perfil esencialmente ortodoxo y la segunda, de marcado corte estatista y que abre el camino hacia lo que se ha denominado el *Socialismo del Siglo XXI*.



Durante la primera fase el gobierno presentó su plan denominado *Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2001-2007* o también conocido como *Modelo Venezolano*.

El modelo planteado está vinculado con un sistema productivo diversificado, competitivo, abierto hacia los mercados internacionales, basado en la iniciativa privada y con la presencia del Estado en industrias estratégicas, pero con apertura a la inversión privada en el desarrollo... (Gueerra, 2009, p. 5).

Durante este periodo, el estado no promovió la estatización de empresas y aunque no mantuvo un diálogo fluido con el sector privado, no prevaleció un clima hostil.

Sin embargo, el panorama cambió drásticamente cuando la Asamblea Nacional Constituyente aprobó de forma inconsulta a finales del 2001 el paquete de 49 leyes contenidas en la Ley Habilitante. Navarrete y Lander (2009) señalan como en primer lugar sobresalen las leyes cuyo objetivo principal era la democratización de la propiedad y de la producción.

Además de ellas, son varias las leyes que tienen por finalidad el financiamiento o la promoción de

modalidades económicas alternativas a las organizaciones de carácter empresarial. Las leyes que crearon polémica y reacciones negativas por parte del sector opositor fueron la Ley de Pesca y Acuicultura, la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario y la Ley Orgánica de Hidrocarburos.

El sector empresarial y opositor asumieron estas medidas como un atentado a la propiedad privada y como una confirmación del carácter estatista o comunista del proyecto político del gobierno, lo cual abre una fase de confrontación entre el gobierno y la oposición, que duraría, en su periodo más álgido, aproximadamente un año y medio (Navarrete y Lander, 2009).

Con los acontecimientos en el transcurso del 2002-2003, la sociedad venezolana entraría en lo que Contre-ras (2004) describe como un *punto del no retorno*, el golpe de estado de abril del 2002 y el paro petrolero de diciembre-enero del 2003 se convirtieron en hitos bastante fuertes dentro del proceso de radicalización de la polarización social del país.

Es a partir de este momento y ahora con un gobierno fortalecido, con sobradas muestras de contar con el apoyo popular y una importante



recuperación de los precios del petróleo, que Chávez cambió el rumbo de su propuesta e inició la segunda fase de la que nos habla Guerra. El camino ahora es el socialismo del siglo XXI, a partir del 2003 el Estado lanza su emblemática agenda social con la implementación de las misiones en distintas áreas de atención prioritaria para los sectores sociales más necesitados y afines a su política, por ejemplo en educación *Misión Robinson*, atención médica, *Misión Barrio Adentro* y capacitación técnica en producción de bienes y servicios, *Misión Vuelvan Caras*.

Paralelamente a este programa social el Estado refuerza en su economía dos vertientes importantes, en su acción su rol regulador y su impulso como empresario (Guerra, 2009). En el 2006, Hugo Chávez fue reelecto y como

...asuntos prioritarios anuncia la creación de un partido que agrupe a todas las fuerzas políticas que apoyan al gobierno, lo que denomina como los cinco grandes motores: la Ley Habilitante; la reforma socialista de la Constitución la educación popular; una nueva geometría del poder; y la explosión revolucionaria del poder comunal, los Consejos Comunales (Lander, 2007: p. 78).

Siguiendo esta promesa, se conformó el Partido Socialista Unido (PSUV) y la Unión Nacional de Trabajadores (UNT); la creación de Empresarios por Venezuela (Empreven); se aprobó la Ley de Consejos Comunales (cuyos fondos provienen del Fondo Intergubernamental para la Descentralización (FIDES) y la Ley de Asignaciones Económicas Especiales, derivadas de Minas e Hidrocarburos (LAEE), así como de instituciones financieras del Poder Ejecutivo) y se realizaron importantes estatizaciones de distintos sectores de la economía: Compañía Anónima Nacional Teléfonos de Venezuela (Cantv), Electricidad de Caracas, Consorcio Venezolano de Industrias Aeronáuticas y Servicios Aéreos, S.A (Conviansa) y Venezolana de Turismo S.A (Venetur), el sector siderúrgico y el Banco de Venezuela, entre otros (Guerra, 2009).

En abril del 2010 la CEPAL reconoce por medio de un estudio realizado por la Organización de Estados Americanos y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), lo siguiente:

...Venezuela es la nación de la Región que más redujo la pobreza en el período 1999-2008. La tabla de indicadores demuestra que el país disminuyó de 49,4% a 27,6%



el nivel de miseria. Entretanto, el documento certifica que el índice de desigualdad en Venezuela bajó de 0,498 en 1999 a 0,412 en 2008, lo que da muestras significativas de mejoría. De igual forma, los indicadores destacan el descenso de la cifra de personas en condiciones de indigencia, ya que para el año 1999, cerca de 21,7% de los venezolanos se encontraban en situación de calle mientras que en 2008, el porcentaje se redujo a 9,9%. Otros datos del informe reflejan además que Venezuela disminuyó 58% el índice de desnutrición infantil, que pasó de 7,7% en 1990 a 3,2% en 2009 (Prensa YVKE Mundial; 20/12/10).

Actualmente, el país se encuentra en año de campaña electoral y ante la incertidumbre de cuál será su rumbo luego de los resultados de octubre.

Recuento de los hechos: causas de la polarización social en Venezuela

Todo fenómeno social guarda consigo una multicausalidad histórica y estructural que explica su razón de ser. En el caso de la polarización social venezolana pueden destacarse: una profunda inequidad y exclusión social mantenidas durante más de cuatro décadas de democracia en el país, pérdida de credibilidad de las instituciones, descrédito de los partidos

tradicionales y los límites del modelo rentista petrolero. A estos se suman otros factores que han sido responsables de agudizar el conflicto como la confrontación de dos modelos de país, de desarrollo, de sociedad que defienden los sectores en conflicto y la violencia del discurso sostenido tanto por el Presidente de la República, como por los actores políticos de gobierno, oposición y los medios de comunicación estatales y privados, en espacios públicos tanto reales como virtuales (Lozada, 2008).

Cada una de estas causas se ha encargado de darle al conflicto un matiz y una faceta diferente, la polarización como lo describe Lozada (2004) inunda la cotidianeidad, la carga de símbolos, sentimientos, ideas, espacios, re significaciones la dota de un inmenso nivel de contraste y pasión. Por un lado, encontramos al sector oficialista descrito en los siguientes términos:

...Chávez y su alianza política representan principal, aunque no exclusivamente, los intereses de los pobres y empobrecidos del proceso sociopolítico venezolano que aspiran inclusión y justicia social. Son la expresión política del polo social, que desde finales de los años 80 desconoció la legitimidad de los partidos tradicionales y se ha resistido a las reformas



neoliberales, entre éstas, al achicamiento del Estado (p. 11).

necesidades y los fines a realizar (Colombo, 1993: p.99; Lozada, 2008: p.92).

Por otro lado, al sector opositor:

...con distintos matices e ideologías, han recibido el respaldo mayoritario de los sectores medios y altos de la población. Ellos expresan el otro polo social, menos afectado por los procesos de empobrecimiento, pero temerosos de una exclusión en el actual proyecto (p. 11).

A continuación, podrán apreciarse los recursos empleados y resultados de su utilización en la interacción cotidiana de estos grupos.

El uso de los imaginarios sociales en la política: politización de lo social

Los imaginarios sociales son formas simbólicas, cargadas de significados y sentidos compartidos, son ellos los responsables de estructurar la memoria histórica, la experiencia social y construir la realidad (Lozada, 2008). Razón por la cual toda sociedad a su vez

crea un conjunto ordenado de representaciones, un imaginario a través del cual se reproduce y que, en particular, designa al grupo para sí mismo, distribuye las identidades y los roles, expresa las

La vida social se convierte entonces en un entramado en el cual todos estos sistemas simbólicos y representaciones se articulan para darle justificación y explicación a distintos ámbitos de la realidad en la que se experimentan y sobre todo, para que cada individuo o grupo haga su configuración de sí mismos y de los demás (Lozada, 2008).

El caso venezolano presenta cómo todo este cuerpo simbólico subyacente a la realidad ha sido políticamente explotado por cada uno de los bandos en pugna. El uso directo o indirecto de valores, creencias, símbolos y mitos del imaginario social como recurso político para fundamentar su posición ante el conflicto, ha sido una constante dentro del proceso de polarización. Lozada (2004) destaca tres referentes en particular: el imaginario militarista, el religioso y el revolucionario.

El primero de ellos hace referencia a los mitos funcionales que reivindicaban el pasado guerrero y libertador, en donde la figura emblemática de Simón Bolívar se convierte en ese ejemplo y héroe al que todos debemos



aspirar a ser. Sin embargo, el imaginario refuerza la idea de un régimen de fuerza, caudillista y de presencia militar como garantía de libertad.

El imaginario religioso es uno de los más interesantes, porque de él se despliega un amplia gama de elementos, los cuales van desde símbolos tradicionales de la iglesia católica hasta la utilización de instrumentos de la astrología, el tarot y otras referencias místicas. Uno de los elementos más sobresalientes es cómo el Presidente en algunos de sus discursos utiliza un juego entre la fe y lo sagrado, de cierta forma inclusive haciendo uso ritual de sus símbolos, según describe Salas (2004):

...En sus alocuciones...Chávez constantemente apela a la constitución elaborada bajo su mirada vigilante y estricta supervisión, y para hacerla visible y efectiva enseña un pequeño librito azul que la contiene y guarda en uno de los bolsillos de su camisa o saco. En el otro bolsillo guarda la imagen de un Cristo crucificado, y el gesto se ritualiza cuando saca los dos a la vez. De esta forma, la constitución se impregna de lo sagrado y se postula como un elemento de fe, que refuerza con las fórmulas verbales como 'Cristo es mi comandante. A él obedezco. La voz del pueblo es la voz de Dios' (p. 11).

Por último, el imaginario revolucionario, en el cual la llamada *Revolución Bolivariana* se ha encargado de activar ideas relacionadas con la revolución como utopía movilizadora del cambio social y del orden existente. El referente por excelencia ha sido la vivencia cubana, que por un lado se ha encargado de enaltecer los ideales de ruptura de una estructura neoliberal opresora y por otro se ha encargado de activar los miedos y fantasmas del comunismo (Lozada, 2004). Siguiendo esta lógica, vemos como en Venezuela el oficialismo se hizo revolucionario y la oposición nacionalista.

Lucha existencial: interpretaciones asociativas

La radicalización del conflicto ha provocado que la contienda haya pasado a nivel superior y que pueda ser interpretado como señala García y Mallén (2009) mediante la narrativa de la *lucha existencial*

... el conflicto político supone una lucha existencial o lucha por la sobrevivencia de una forma de vida (way of life). En el marco de la lucha existencial las discusiones sobre políticas públicas, decretos presidenciales y leyes orgánicas no se entienden como discusiones técnicas que podrían



o no llevar a cumplir un objetivo, sino como la transformación de un sistema de vida” (p.82).

Muy relacionado con el tema del uso de los imaginarios sociales como instrumento político, vemos cómo en dinámicas polarizantes cada detalle no solo cuenta sino tiene una carga simbólica impresionante. El juego de los símbolos utiliza las reglas de las interpretaciones asociativas, razón por la cual el llevar puesta una camiseta roja en el contexto venezolano no es una simple cuestión de preferencia y pasa a convertirse en una declaración política. Otro ejemplo puede ser el uso de las palabras para referirse a un acontecimiento importante o significativo, el oficialismo se refiere a los acontecimientos de abril del 2002 como golpe de estado mientras que para la oposición fue paro cívico, en otras palabras la forma en que sean descritos los hechos permiten inferir una postura (García y Mallén, 2009).

Poco a poco cada postura en Venezuela ha ido adueñándose de elementos que antes eran compartidos, las interpretaciones asociativas que maneja cada una de ellas se fortalece al hacerlas exclusivas o convertirlas en representativas o emblemáticas de cada grupo. Este juego no

se mantiene solo en el universo de lo intangible, sino que también se traslada a espacios físicos concretos, como lo son ciudades, calles, plazas entre otras. Por ejemplo, el Este de la ciudad de Caracas es territorio de la oposición mientras que los barrios del Oeste son territorio de Chávez. Bajo esta lógica, entonces, la Plaza de Altamira, la esquina de Chacao, el Palacio de Miraflores y el puente de Llaguno ya tiene dueño.

Incapacidad de ver al otro: naturalización de la violencia

Cada uno de los puntos que se han desglosado en los apartados anteriores, además de ser muestra de procesos histórico-culturales y de funcionar como mecanismos de defensa o hasta sobrevivencia en un contexto político tan intenso, denotan también la incapacidad que cada postura tiene de ver al otro. En bandos socialmente discrepantes es fácil olvidar este ejercicio, la mirada al *otro* se restringe a dos cosas: el rechazo y la confirmación de lo propio en respuesta de lo que encuentro en ese *otro* negativo.

La venda cegadora en el proceso de polarización venezolano ha sido el miedo, el *otro* se ha convertido en el *otro temido* y con esto la justificación



del uso de la violencia como mecanismo para la solución de problemas.

“La desconfianza y la negación del otro que supone la polarización resquebrajan los cimientos de la convivencia, lo cual entraña un agotador clima de tensión socio-emocional, donde la violencia encuentra campo fértil [...] lo que provoca una ruptura en los consensos propios a la realidad sociopolítica que supone un sistema establecido, afectando los patrones de convivencia que requiere la vida ciudadana y la construcción de un orden simbólico que da sentido y dirección a la vida en común (Lozada, 2008: p. 101).

Si existiera la esperanza de que las personas de cada sector pudieran superar ese miedo y trascender más allá del estereotipo que legitima el uso de la violencia, podrían tal vez toparse con la sorpresa de encontrarse a ellos mismos. Lo radical y pasional del conflicto ha invisibilizado la composición real y heterogénea de los grupos y de cierta forma los ha incapacitado de construir su propia verdad:

...en medio de esta guerra de información y desinformación, de verdades que atacan y verdades que contraatacan, se encuentra el ciudadano de a pie, casi incapacitado de construir su verdad a

menos que se apege devotamente a la narración de una de las partes” (Salas, 2004: p. 10).

La construcción de una verdad diferente en el caso venezolano requeriría un ejercicio reflexivo profundo, en donde en primer instancia tendría que hacerse una reconstrucción crítica de los procesos históricos, seguido del reconocimiento del otro y por último poner en valor los aportes y experiencias de este. El contexto venezolano este año en particular despierta muchas interrogantes, ¿qué pasaría si Chávez pierde? O hasta, ¿qué pasaría si él muere? ¿Existe otra figura que pueda sustituirlo? ¿Cuál sería el destino de Venezuela si la oposición gana? ¿Podrá construirse un *nosotros*? ¿Un proyecto que incluya a todos? ¿Sería esto un ideal?

Situar sus respuestas en las propuestas de campaña de un líder o de un candidato presidencial, apostando a un ideal que se olvida luego del gane, sería repetir el error que se ha cometido a lo largo de toda una historia. El lugar correcto donde encontrarlas puede que esté situado en la voluntad de querer trabajar por una Venezuela que busque un cambio justo para todos, un todos donde confluyan *ellos* y *nosotros*.



Bibliografía

- Martín Baró, I. (1985). Impacto psicológico del conflicto social. Resúmenes de conferencias. Universidad de Costa Rica.
- Contreras, M. (2004). Ciudadanía, Estado y democracia en la era neoliberal: dilemas y desafíos para la sociedad venezolana. En Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 111-132.
- García-Guadilla, M. y Mallen, A. (2010). El movimiento estudiantil venezolano: narrativas, polarización social y públicos antagónicos. *CDC*, Abril, 2010, Vol. 27, N.º.73, p.71-95.
- Guera, J. (2009). Caracterización de la Política Económica en el Modelo Estado-Gobierno venezolano. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) Oficina en Venezuela de la Fundación Friedrich Ebert. www.ildis.org
- Lander, E. (2007). El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela. En: *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, año VIII, N.º. 22. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina: Argentina.
- López M. y Lander, E. (2001). Capítulo 10. *Ajustes, costos sociales y la agenda de los pobres en Venezuela: 1984-1998*. Emir Sader. CLACSO.
- Lopez M. (2004). La legitimidad para unos es ilegitimidad para otros: Polarización y golpe de Estado en Venezuela. En: *Ecuador Debate*, N.º. 62. CAAP, Centro Andino de Acción Popular, Quito, Ecuador: Agosto.
- Lozada, M. (2004). El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, mayo-agosto, 195-209.
- Lozada, M. (2008). ¿Nosotros o ellos? Representaciones sociales, polarización y espacio público en Venezuela. *Cuadernos del CENDES*, 25, 89-10
- Marta Sosa, J. (1993). Venezuela 1989-1994. Cambios, elecciones y balas. En: *Nueva Sociedad*, marzo-abril, 6-10.
- Navarrete, P. y Lander, E. (2010). Venezuela y el proceso revolucionario. En *Gaudichaud, Franck: El volcán latinoamericano: balance de una década de luchas 1999-2009*. París, Edición Textuel, 35-47.
- _____. (2009). La política económica de la izquierda latinoamericana en el Gobierno: el caso de la República Bolivariana de Venezuela (1999-2006). En: *Diez años de revolución en Venezuela: historia, balance y perspectivas (1999-2009)* Editorial Maipue, Ituzaingó.
- Salas, Y. (2004). La guerra de símbolo y espacio de poder. El caso Venezuela. En *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Alejandro Grimson. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.



Van Dijk, T. (1998). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. España: Gedisa Editorial.

La Cepal destacó reducción de desigualdad y pobreza en Venezuela. En: <http://www.aporrea.org/actualidad/n171719.html> Prensa YVKE Mundial; 20/12/10.

